

VISTIENDO A MATÍAS

Yo me quedé vestido de árbol,
de pie, soñando en medio del camino,
sin ver el hacha debajo de mi sombra.

EUGENIO MONTEJO

A Liliana Lara y Rubi Guerra

Los ratones nacen blancos y ciegos; luego, el Señor los convierte en una plaga que nos quita la dignidad, se cagan por todas partes, se comen los bordes de los libros y los restos de pan. Por eso el tiempo de Dios es perfecto, solo que nadie lo entiende cuando el colgado resulta carne de nuestra carne. Estoy en la puerta de mi casa pensando en estas cosas, mientras los vecinos pasan y conversan sobre un viernes que nos sumió en la alta penuria. Dicen que Luis Herrera es inocente, que los Toronto tienen la culpa por haberle tapado el sistema cerebro-excrementicio. Pero ahora creo, y eso que soy un viejo ecuánime, que a veces el tiempo de Dios no parece más que la máscara anciana y tribal de un locutor de las tinieblas: mi señora ya no es aquella carajita y ahora ha enloquecido.

Muy pronto uno se acostumbra a sentir pena por las mujeres inmediatas: la madre mártir que vela por el destino o las hermanas mustias que alguien no quiso quedarse. Incluso se siente pena por las hembras

que uno mismo se merendó sin ponerse ceremonioso en las tardes calurosas. Entonces las mujeres se convierten en fantasmas iracundos, devoradoras de cunas y sus confortables adyacencias, abrelatas, basiliscos, quemarropa premeditada. Lo que no sabemos a ciencia cierta es si también es culpa nuestra que Dios no haya escuchado los ruegos de una nación. Pero con mi mujer era diferente; yo sentía mío, como nada, su cuerpo y sus circunstancias, y aquí eran dos las estocadas unánimes: una sangra por fuera con precisión escandalosa; la otra se dedica a llover por dentro. Eso es demasiado para una criatura doméstica, porque sangre y lluvia siempre son amenazas para la guarida. En general, esta mañana en sepia no es para confiarse: las cosas quieren verse más antiguas de lo que son en realidad, y eso es como cuando algo diferente logra ponerse en el lugar de nuestro buen Señor. Miren que si el paganismo fuera todavía una cosa seria, no tendríamos reparo ni templanza, y un viernes negro o morado sería lo menos alarmante.

Desde que nos dieron la noticia, supe que nuestros puertos serían arrasados. Los de ella, en realidad. No acostumbro asentarme cerca del agua. Aunque el mar no es agua en el sentido estricto: no es agua lo que no quita la sed. Yo llegué tarde a su vida, mientras que un zorro se tragó la estrella para que este niño llegara más tarde que el resto de las cosas. Ella también había dejado de ser una niña y yo, por puro cansancio, me había acostumbrado al mar. Su cuerpo no aguantaría semejante clamor. La vida de las mariposas es tan breve. Pero no había cómo deshacer el mandado. Cuando nos enteramos del embarazo era tarde. Hubiésemos tenido que sacarlo por pedacitos,

y él o ella no hubiera podido gritar. Ha de ser terrible, me lo digo esta mañana en sepia mientras me preparo para lo inevitable: te arrancan un pie, la pierna, las vísceras, y no puedes decir nada al respecto, ni siquiera sabes que te están dando santa muerte. Por eso decidimos jugar la partida contra todo pronóstico.

Conocí a su madre hace treinta años en Caicara de Maturín, un 28 de diciembre durante las Fiestas del Mono. Venía de hacer un mal despacho con los ganaderos del lugar y también venía de enterrar a mi padre. Estaba cansado y quería olvidar lo inconmensurables que son los designios del Señor; necesitaba echarme unos palos de aguardiente, jugar una partida de truco o poner a una carajita a berrear en un cuarto mortecino y perderme en la acidez de sus membranas: jurar que la vida seguiría como siempre. Pero cuando llegué a la plaza, me quedé tieso ante la aparición. Era una niña que todavía conservaba la pureza de nuestras pequeñas ciudades, pero debí saber que nada bueno vendría de una mujer conocida el Día de los Inocentes. Estaba en el centro del desfile. Me explico: un hombre se disfraza de mono y baila acalorado mientras la gente se arremolina imitando la cola del animal. Ella estaba ahí, y al caer embestida por la fuerza del jolgorio, no pude evitar rescatarla. Solo era un juego que quería jugar. Pero no pude contenerme. Se trataba de una niña con el pelo largo y un vestido que descubría sus hombros: de madre canaria, seguramente, y con la correspondiente dosis indígena que la dotaba de una menudencia apetecible. La policía del Estado nos vigilaba, pero todos queríamos celebrar el fin de año tranquilamente, acaso considerar que el tiempo de Dios era perfecto con solo creer, a

pesar de que por una falla de origen, la mitad de las cosas que creíamos nunca urdían del todo la realidad. Yo era un hombre fuerte y podía darle lo que pidiera: tenía una casa donde la luz entraba como potra he-reje. Tenía para comprarle vestidos y zapatos. Incluso podía educarla, ponerle la mantilla de las damas que nunca han jugado en el charco después de la garúa.

Mi padre había llegado a este país huyendo de las trincheras: sentado en la línea del tren, pensó que un día volvería a tener raíces. El tiempo pasó y el dolor se escondió entre los vientres leales y la tierra reverdecida. Mi padre me heredó todo aquello, después se fue. Tuvo varias mujeres y familias en estos parajes: indias, paisanas, ajenas. Pero nunca fue un pecador, no fue egoísta ni disparó a quien no le hiciera daño. Pobló su heredad y vendió toda la leche. Yo, por ser el primogénito y el más rubio —nacido de una prima que vino a visitarlo y que se prendó de este verano eterno— recibí la mayor parte. Pero ella, encontrada durante las Fiestas del Mono, quiso vivir frente al mar y yo fui detrás de su deseo. Debí saberlo desde el principio, que sería malo correr detrás de una mujer llamada Amalia.


Eran tiempos difíciles. El padre de Amalia era enemigo de Estrada. Eso no tenía claroscuros: al hombre se lo llevaron una noche y lo mandaron a Guasina. Amalia era la más joven. Ahora sus hermanas han muerto y ella está sola, llorando en una esquina del cuarto mientras las criadas la consuelan. Pasaron demasiadas noches antes de que pudiera darme un heredero: rituales indebidos, pócimas y oraciones, aunque no había por qué engañarse. El tiempo de Dios es perfecto en esa esfera de agua dibujada en la palma

de su mano; pero nuestro tiempo, frente al llanto de una mujer o la imagen de nuestro árbol preferido, solo es un plagio de la realeza perdida. El chacal de Güiria se llevó a aquel padre que pudo evitarlo. Tal vez no. Yo tenía tierras y podía comprarle vestidos. Yo era fuerte. ¿Cómo iban a negármela? Pude ser patrón de cualquier mujer de Caicara: parirme un hijo hubiese sido el privilegio. Pero Amalia se me metió por dentro y me llevó al mar. «No confíes en la hembra del mar», me dijo mi padre alguna vez. Él había perdido la cabeza por las mujeres que se iban a refrescar en la bahía de Pozuelos, y de niño, una vez en Ballycastle, durante la peor temporada de pesca, había perdido el sentido debajo del mesón de una pulpería: las mujeres del lugar reposaban la timidez veraniega con níveas faldas y hedores que se meterían en su espíritu para siempre. Eran mujeres bruñidas con tetas generosas y rendijas acarameladas. Indias o celtas, es lo de menos. Se les podía chupar y apretar sin medias tintas: buenas bestias domesticadas, solo gemían como animales si se lo pedías con un «por favor». De resto, gemían bajito, como agradecidas. Pero aquí ninguna me dio un hijo. Ninguna fue la elegida hasta que recogí a Amalia en las Fiestas del Mono. Fui a su casa la misma noche que la Seguridad Nacional acudió al encargo. Abelardo Guanipa, el padre de la mujer que había escogido para mis años finales, fue llevado con una capucha en la cabeza. Los crímenes que se le imputaban eran vagos: difamación, lascivia pública, proselitismo, contrabando. Aquello parecía una historieta: solo faltaba el héroe de capa y antifaz que nos rescatara del circo. Días atrás, un hombre había sido ajusticiado a planazos porque lo consiguie-

ron robando cigarros y ron, mientras que al padre de mi mujer lo buscaban por haberse reunido con unos adecos que planeaban una revuelta oriental. Desde que el mundo era mundo, a cada hombre le tocaba hacer la guerra y bautizar su domicilio con sangre. Matthew, mi padre, lloraba en la línea del tren porque unos soldados habían violado a su madre y a su hermana, los mismos que lo obligaron a enlistarse para defender la causa de los aliados. No eran los enemigos, como Amalia, a quien le pregunto en esta mañana sepia para qué vino a mi vida si debo hacer estas cosas, tomar el puñado de arroz y escoger dos granos, los más bonitos acaso. Pero decía, fue la causa quien rompió las cosas que mi padre consideraba puras. Es paradójico, ahora que lo pienso tras los años y el calor. Uno va por la vida deseando penetrar en la intimidad de las mujeres. En el fondo, somos un mismo soldado con una sola causa: la conquista de la santa hendidura. Nos enseñan que toda mujer guarda algo sagrado en su cuerpo, y que nosotros, soldados del ángel caído, no podemos permitir que esa ciencia misteriosa se propague como una enfermedad: es menester que la mujer se vuelva terrestre, simple bípeda y potencialmente cuadrúpeda. Pero, por alguna razón, esperamos que nuestra madre o hermana sean inmunes al designio. Mi padre estaba solo en la línea del tren y ya no tenía de qué ufanarse. Si alguien se hubiera sentado a su lado a contar monedas de oro o a llevar el inventario de la gente que lo quería, Matthew Barrie se hubiese colgado. Mi padre se llamó Matthew al principio. No tenía tierras. Ni vacas ni hembras sagradas que defender. Por eso se fue caminando. Lento y amarrando el gimoteo al interior de


su bóveda, y no se detuvo hasta que llegó a un puerto, y ahí no se detuvo hasta que zarpó. Gracias al buen Dios no debo contar que robó a nadie. Quizá bebió de donde no debía, pero el pedazo de tierra que me heredó fue producto de su mano honrada. Al llegar aquí, le cambiaron el nombre en el registro civil, pero a él no le importó volverse menos irlandés. La tierra era cálida, el verano era auténtico con las nuevas sirenas que se bañaban de cara al sol. Estaba solo, pero la guerra estaba en otro lugar. Ya llegaría la siguiente batalla, pero con algo de suerte, sería una batalla sin ideales. Llámenme Matías, no hay de qué.

Ha de ser algo antiguo que uno no pueda mentirle a sus mayores. Después, el Chacal de Güiria se llevó al padre de mi mujer y ella quedó sola en el mundo. Amalia me dijo que sí esa noche. Había mandado a llamarme, mientras su madre se rasgaba el vestido y sus hermanas pedían clemencia a los santos. Una vez que la Chota tocaba la puerta, el aire hervía. Humeante el frío y la duda, Amalia comprendió que decirme que sí sería su único resguardo. Esa misma noche me la llevé. Y luego me arrastró al mar, a una casita que mandó a pintar de blanco y a flanquear por trinitarias. Era una niña cuando le di un beso. Era una canción de cuna cuando me devolvió el beso desde el fondo de su vientre. Al principio se ponía a llorar, se resistía, me golpeaba con puños cándidos que luego se convirtieron en el símbolo de un amor profuso. Pero como decía Matthew, había que tenerle cuidado a esas mujeres que gemían bajo, como buenas bestias amansadas: son esas las mujeres que te amarran para siempre. Te convierten en un faro mientras que ellas se mimetizan con la ancha bahía. Pero no es verdad. No



eres más que el perro de un fantasma, y los fantasmas duran para siempre, aunque la vida sea efímera y la eternidad encalle en otro lado. Hubiese preferido en el fondo a cualquier otra, una de esas bichitas que por costumbre le parían un hijo al patrón para merecer siempre sus favores: unos vestidos, maquillajes, zapatos, cualquier cosa de colores y aromas exóticos, lo que fuera que pareciera una promesa de monarquía.

Al principio ella se sentaba a mis pies. Le parecía que yo contaba las mejores historias. Eso también se lo debía a Matthew, que procuró que su hijo mayor leyera más de la cuenta. Amalia decía que era bueno para su corazón cuando le contaba de las sirenas que amamantaron a mi padre. Ella se reía y miraba por la ventana, imaginando por encima de la bruma de su mar, el mar que Matthew dejó tras de sí. El mar de aquella infancia con mujeres perfumadas que forjaron su interior con la bruma y los campos insaciables. Un hombre puede contar historias toda su vida. Incluso puede dedicarse a ello como quien se dedica a labrar la tierra o a hacer panes. Pero cuente lo que cuente, no importa, nunca será igual. Contar historias a una mujer no es lo mismo que contar historias al resto de los hombres. El héroe que escribes para ella debe ser como tú, un semidiós que necesite volver a casa, aun si naufraga en la isla del placer perpetuo. Nuestros descendientes también demandan una versión censurada del asunto: las historias que contamos a los hijos deben revelar a un héroe sin amagos de fragilidad. Lo que no sea integridad y heroísmo está prohibido para nuestros infantes. El héroe siempre triunfa, derrota a los enemigos sin vacilación y se queda con la mujer más hermosa. Pero nunca le po-



dríamos decir a un niño amado que tememos por él y por su madre, que a veces tememos corrompernos en el trayecto. Tampoco podríamos decirle que hemos dejado de temer por su madre y que otros vientres nos invitan a que nos juguemos el pellejo, sin importar si finalmente nos hemos convertido en corruptos amasijos. Nunca confíes en la mujer que te deja asistir, silenciosa, a la conquista de otros mundos. Despiértame, caballo, que el sueño me amenaza con un lecho eterno. Yo pensaba que Amalia sería pequeña toda la vida, encargada del bordado y de las olas del mar. Nunca debí confiar en su inocencia, porque las mujeres llevan todas las edades de la Tierra en ello: hay que gritarles de vez en cuando para que no se oxiden en el arte de ser siempre el ángel herido. Ella se sentaba a mis pies con la más vaporosa de sus batas y el cabello trenzado: escuchaba la historia del gigante que devoró a sus retoños y, con la mano en el pecho, me miraba desde la alfombra, con esa mueca que invitaba a la compasión, pero también al agravio. Mi mujer era una monarca caribe que domesticaba pirañas. Cuánto les gusta que las crean misteriosas, a pesar de su elaborada simpleza. Pero, ¿queda misterio en ellas después de verlas parir? Para eso vinieron al mundo. Nos llevan nueve meses dentro, nos alimentan y nos miran, a veces creen que nos pueden decir qué hacer con el tiempo de Dios. Pero aunque uno esté lejos teniendo sueños heroicos, matando y gimiendo para no caer como la fruta podrida, siempre hay una que sabe demasiado y calla. Lo peor que puede hacer una mujer es eso: callar. Una mujer que calla ha escogido morir. Pero morir como aquel colgado,



para saber más que el resto de las criaturas. Nunca es bueno quien regresa de la muerte.

Desde aquel Cirilo, hasta acá se han matado a tantas por brujas. No comprendo ese afán por denigrar la creación más eficiente del buen Señor, y esto es para que sepan que soy solo un hombre modesto que sabe cuál es su lugar en el mundo. Nuestro hijo se apresuró y ella no quiso ir al hospital. Con la partera bastaría. Con la anciana comadrona que solía poner estampitas de José Gregorio Hernández debajo de la mujer cuando el niño venía mal atravesado. Yo dejé que Amalia hiciera su voluntad. Por treinta años ella había seguido la mía. Por treinta años había lavado mis camisas mientras yo bebía de su juventud agreste. Nunca le pregunté si era feliz. Creo que debí preguntárselo, porque hay mujeres que no dicen nada si no se lo preguntan, como si en el fondo ellas mismas hicieran la estaca que uno va a clavarles. Yo no sé. Hay mujeres que nacen para desolarle los puertos a cualquiera.

El niño nació muerto anoche, mientras el mar rugía con sus perras musas ariscas. Amalia lo dejó caer. «Ave María purísima», dijeron las mujeres que estaban en la habitación. El niño se ahorcó. ¿Porque también quería ser un dios nórdico? Esos dioses lascivos y soberbios eran mortales: por eso digo que el paganismo es un espejo que nos amputa el corazón. Pero quién sabe. Recuerdo que Matthew me contó esas historias, pero nunca me advirtió que esto pudiera suceder en mi trópico. Quizá este niño se colgó por una venganza añeja en mi contra: yo le había robado a su joven madre. La mujer que lo recibiría ya no guardaba orgullo en el pecho. Yo me lo había bebido todo. Me había robado la leche de todas sus hendidu-



ras, la había obligado a amamantarme y velar por mi sueño en las noches. Ahora ella está en la esquina del cuarto, terminando de sangrar con un llanto silente que me recuerda sus primeros gemidos en mi lecho. No debí quedarme con algo así. Uno no debe pedir perdón por los ruegos que Dios no escuchó.

Debo vestir al niño, como reza la tradición. Estoy tan viejo. Debo vestirlo de blanco y decir las palabras necesarias, porque su madre no puede levantarse para decir nada. Tampoco puedo olvidar lo más importante: ponerle los granos de arroz en los párpados. Es la única forma de que baje a la fosa con los ojos abiertos, para que no se extravíe en busca de las alas que ganó. Era varón. Me hubiese gustado contarle que su abuelo veía sirenas en el norte, a pesar de la nieve. Sentarnos frente al mar y hablar de la nieve, sí. Contarle que no había nada malo en saber que la eternidad siempre estaba en otra parte y que las mujeres, aunque se pasaran la vida llorando, tampoco eran buenas.